



poesía.

Alberto:

elemental y una revelación

mo recogimiento

a cuando es capaz de
nto y mucho pensamien-
tonces, el producto es
mundos de belleza donde
lida de emoción. Alberto
cado un pequeño, pero
poética, titulado: "Égloga
de íntimo recogimiento".

desata y lanza al lector
abras - evocación donde
undo. Es una especie de
escrita y sentida en el
vitación a viajar por los
poeta describe luego de
lo objetivo. Al verlos en el
n de habitar ese mundo
ndo la belleza es mayor.
ón, como sucede en los
sentimos el impulso de
residencia en esa patria
leer, una y otra vez, sus
on Alberto Guerra Gutié-

del poeta Alberto Guerra
arse hacia su intimidad
a la naturaleza que está
al. Es un constante afán
y despojarla de cuanto
uedarse con la esencia
pone en contacto con el
de ternura para quien,
cuchar en el fondo de las
ge de ellas. Oigamos a

desde siempre, algo que
no se mueve, como la luz
ur, como la espera. (...)
e corre junto a la yerba.
agua que desde lo más
oble metal de la existen-
dulzura la madera de los
i sus raíces en el fondo
nte corazón del hombre,
en el divino don de la

describe la naturaleza,
madurada al rescoldo de
años vividos al calor del
e la palabra recoge para
ces de hacerla avanzar a
tencia y hacer madurar
conducir por este guía.
de la travesía de su libro.

"Montes con serenidad de tiempo y altitud en
vuelo de cóndores oteando desde la nieve, la yerba
altivez de la planicie indómita, prados descolgándo-
se por las quebradas y frondas de esmeralda tendi-
das en lontananza (...) Horizontes, espejismos, el
hombre, su latido de ansiedad y el niño, soplo de
ternura paseando cometas de paz en el azul espacio
de los días.

Para escribir este tipo de poesía es necesario,
primero, aprender a observar atenta y profunda-
mente. Mirar el mundo con el asombro del niño que
abre sus ojos maravillados ante el espectáculo,
siempre renovado, de la naturaleza objetiva. Éste es
el primer paso, luego, es necesario aprender a sentir,
lo cual supone un esfuerzo por limpiar los sentidos
y un esfuerzo por descontaminar el alma de cuanto
malo y negativo se ha posado en ella. Finalmente,
hay que aprender a expresar aquello que está en el
espíritu de un hombre a otro para que ambos
crezcan; uno, porque entrega cosecha vital, madu-
rez interior; el otro, porque recibe alimento invisible,
pero poderoso, para robustecer su vida. En esta
égloga, los únicos personajes que hay son la natura-
leza y Alberto Guerra, que dialoga con ella. Allí no se
encuentran melibeo, Menalcas o Damón, como su-
cede en la obra de Virgilio. En el libro de Guerra
habita un afán ecológico; un deseo de equilibrar
fuerzas de todo tipo para lograr la permanencia de la
vida en la tierra. Hay un afán por mostrar la íntima
relación que existe entre naturaleza-hombre-hom-
bre-naturaleza, y si el ser humano la desequilibra,
está cometiendo suicidio porque, más temprano que
tarde, ha de pagar las fatales consecuencias de esa
alteración.

"En el árbol como por encanto, el hombre consta-
ta su destino, se hiere al herirlo, destruye sin sentido
su vida misma, al destruirlo".

"Madre Naturaleza, saben tus enemigos que al
deshajar un árbol, segar la vida de indefensos seres,
acallar el trino de las aves y menospreciar su vuelo,
rompen el ritmo de la existencia, de la paz y la
alegría".

Obra que se sitúa en la línea de los grandes
escritores, capaces de usar la palabra de manera
poli comprensible para llegar al adulto con hondo
mensaje como tiene la capacidad de llegar al niño y
estimular su mente con figuras, sentimientos y
pensamientos acordes con su desarrollo espiritual.
Palabra escrita en planos de comprensión, a cada
uno de acuerdo a su sensibilidad, a su grado de
madurez.

Las obras de cultura, de acuerdo con Max Sche-
ler, pueden ser un saber de formación personal, y,

cuando alcanzan un mayor grado de madurez y de
perfección, se convierten en un saber de salvación.
En el caso de la obra comentada, Alberto Guerra, a
lo largo de su vida, ha incluido en su personalidad
un conjunto de conocimientos acerca de la natura-
leza, los ha transformado en valores; se ha apoyado
en ellos y ha formado, primero, una sabiduría vital;
la ha decantado después; finalmente la ha quin-
taesenciado y la ha convertido en un saber de
salvación; en aquel que es capaz de conducirnos
hacia Dios, supremo objetivo de cualquier vida. En
el caso de Guerra Gutiérrez, este conocimiento es un
panteísmo donde la parte, que es él, se consubstan-
cializa con el todo, que es la naturaleza infinita. Hay,
pues, una comunión entre el hombre y la fuerza
telúrica que lo contiene. Para confirmar su panteís-
mo, oigámosle:

"Febril la tierra que adoramos, ara y diosa al
mismo tiempo, sacro escenario donde se yergue el
árbol-horcón y morada en la vigilia".

El poeta habla de adorar a la tierra, es decir, le
tributa culto de latria, aquel que es debido única-
mente a Dios, ser por antonomasia. Para Guerra, la
tierra es, al mismo tiempo, "ara y diosa". Es altar de
sacrificio, sitio de adoración y, al mismo tiempo,
divinidad a la cual se adora. Es, pues, la parte
integrándose en el todo. Posición panteísta a todas
luces.

En esa posición panteísta hace un homenaje a su
madre, a la cual simboliza en un árbol; en el árbol
pródigo en transmitir savia vital; en la fuerza telúri-
ca que se hace fruto y se entrega al hombre. Este
árbol ya estaba en el centro de su casa, antes de
llegar el poeta a ella.

"Lo vi más tarde amasar ternura vistiendo de
verdes sus tiernas ramas, iluminar el día de flores
blancas esta vez para iluminar mi primavera y...
comprendí todo cuanto el árbol prodigado ya en el
dulce fruto, me señaló el verano de la dicha y el
consuelo".

Finalmente explicita su pensamiento y, conmovi-
do, lleno de amor nos confiesa:

"¡Mi madre es este árbol!
mi madre es esta savia de amor, de luz y de
ternura
mi madre es este árbol, y está en el centro de mi
casa".

Jaime Martínez-Salguero